

Sobre el comienzo: una aproximación para comprender la singularidad del comportamiento humano

Dr. Víctor Hugo Martel Vidal¹

Universidad Enrique Guzmán y Valle-La Cantuta

(Recibido 28/06. Aceptado 19/07/2014)

Resumen

Heidegger intenta aproximarnos a la reflexión filosófica en torno a cuándo se inician nuestros actos voluntarios, señala que estos no se producen de un modo repentino, como un producto emergente y extraño a nuestra naturaleza, señala más bien que sus orígenes se encuentran en complejas elaboraciones de las que no estamos conscientes y cuando nos percatamos ya es el resultado de dichas elaboraciones. Esta propuesta puede explicarse también en la Psicología de la Actividad Psíquica a partir de la naturaleza multiparamétrica de nuestra actividad psíquica, las nociones del continuo y discreto de la actividad, etc.

Palabras clave: Actividad, actividad psíquica, representaciones subjetivas, continuo y discreto de la actividad, actividad voluntaria y consciente.

Abstract

Heidegger tries to approach philosophical reflection about when to start our voluntary acts, says these do not occur in a sudden way, as an emerging foreign product to our nature, instead, their origins are in complex elaborations we're not aware of that and when we realize it, finally is the result of such processing. This proposal may also be explained by the Psychology of Psychic Activity from the multiparametric nature of our mental psychic activity, the notions of continuous and discrete activity, etc

Keywords: Activity, mental activity, subjective representations, continuous and discrete activity, voluntary and conscious activity.

El comienzo del comienzo

En el texto de Martín Heidegger "Sobre el comienzo" se refiere a nuestra actividad voluntaria, nuestras tomas de decisión cotidianas y otras más complejas; al principio se muestra como un libro de filosofía fenomenológica más, sin embargo, poco a poco se descubre en él muchas analogías con teorías psicológicas más recientes, a medida que se avanza en la lectura, las analogías se hacen más frecuentes o más bien las confirmaciones a las audaces conjeturas elaboradas con rigurosidad y anticipándose a lo que más tarde la ciencia pudo confirmar. Este hecho nos produce una sucesión de interrogantes ¿Por qué la filosofía es más audaz que la ciencia? ¿Por qué la ciencia es tan renuente a admitir hipótesis audaces? ¿Por qué la ciencia se convierte en una expresión más del dogmatismo ingenuo? ¿Por qué la ciencia en muchos casos se opone al desarrollo del propio conocimiento? ¿Por qué no somos capaces de aprender con tantas evidencias? ¿En estas condiciones, cómo podemos explicar con cierta aproximación la singularidad del comportamiento humano?

Intentaremos analizar los hallazgos en la lectura y las múltiples analogías con la Psicología, y más específicamente con la Psicología de la Actividad Psíquica, la cual se reclama posicionada dentro del monismo materialista, y desde esta perspectiva, encontrar las aproximaciones teóricas entre ambas.

Heidegger, inicia su reflexión a partir de una interrogante ¿Cuándo comienza el comienzo? (Heidegger, 2007). Trivializar esta reflexión sería un gravísimo error (Velilla, 2002), desde luego que es la primera tentación que le asalta al que se supone "científico" y desdeña la reflexión filosófica, desechar esta reflexión una vez trivializada sería un error mucho mayor, desnudaría una ineptitud e indigencia intelectual, una mezcla letal de la arrogancia y torpeza, que cada vez que se juntan, obstaculizan la reflexión intelectual y terminamos refugiándonos en los dogmas y en el peor de los casos en el sentido común.

¹ Vicepresidente de la Academia Peruana de Psicología.

Para Heidegger, muchas veces no estamos conscientes del inicio del comienzo, no nos damos cuenta, y este inicio resulta casi siempre imperceptible. Esto puede explicarse desde la Psicología de la Actividad Psíquica (Leontiev, 1978), simplemente que el comienzo del comienzo se inicia en nuestras representaciones subjetivas a una intensidad inferior para poder estar conscientes de ellas (Anojín, 1984). Y solamente lograremos estar conscientes una vez que alcancen la intensidad requerida. ¿Y cuándo nos percataremos entonces? Cuando las representaciones que intervienen en dicho proceso sean lo suficientemente significativas.

Para entender esto, partamos de una experiencia que puede ser muy común. ¿Con qué frecuencia nos cortamos las uñas? Seguramente cuando al aumentar su longitud ya llegan a incomodarnos. ¿Esto no significa que nuestras representaciones mentales con respecto al estado de nuestras uñas hayan desaparecido durante un lapso y luego “aparecen”? No. Lo que ocurre es que nuestras representaciones de este hecho se encontraban generando representaciones en una intensidad inferior a la requerida para poder percatarnos de ellas y disfrutábamos de un estado de comodidad mientras la longitud de nuestras uñas aun no nos ocasionaban molestia alguna. ¿Y cuándo nos incomodan? Cuando la intensidad de estas representaciones alcanzan la intensidad requerida para estar conscientes de tal incomodidad y tomar la decisión de recortárnoslas. Pero esta experiencia no se presenta de inmediato, muchas veces las incomodidades son tolerables hasta que la molestia nos impide postergar la decisión de cortárnoslas. ¿Y cuándo empezó a incomodarnos realmente? No podemos discriminar con exactitud, se inició pues hace algún tiempo mucho antes de tomar la decisión. Habrá también personas cuya tolerancia sea mayor que la nuestra, etc.

Lo mismo ocurre con cualquiera de nuestras decisiones voluntarias, el deseo de leer un texto, se inicia imperceptiblemente, estamos mucho más dispuestos a leer determinados temas o autores conocidos o aquellos de los que tenemos referencias, hasta que llega la ocasión de satisfacer nuestra curiosidad al encontrar disponible algún texto, más aún nuestras lecturas generalmente se encuentran asociadas a “nuestros saberes previos” (Ausubel, 1983) los temas que nos interesan, los autores de quienes esperamos sus ediciones más recientes, etc.

Algo parecido ocurre con nuestros derogamientos: Cada vez que encontramos teorías u autores que nos refutan en nuestras creencias o supersticiones, tratamos de ignorarlas, o derogarlas, evitando el “encontronazo” hasta que ya no es posible evadir las y decidimos enfrentarlas. Si es que logramos una comprensión lectora satisfactoria probablemente haremos asimilaciones (Piaget, 1977) donde estaremos a modificar nuestros esquemas mentales y a partir de este momento podemos tener una percepción distinta y mejorada de los problemas del conocimiento que nos convocan.

El comienzo de nuestras dependencias y de nuestras aversiones tiene un inicio análogo, ocurre en principio a baja intensidad en el continuo de nuestra actividad psíquica y luego adquieren la intensidad necesaria como para iniciar su propio discreto (Anojín, 1984) y estar conscientes de ellas. Pero, en realidad nunca sabremos con exactitud tal comienzo, tampoco con aproximación, cuándo es que éstas se iniciaron, hasta que adquirieron la intensidad necesaria para generar su propio discreto, condición necesaria para estar conscientes de lo que nos ocurre. A partir del uso del lenguaje es cuando la actividad consciente se organiza mucho mejor, cuando podemos explicitarnos nuestros actos o cuando podemos elaborar contingencias de reforzamiento a futuro (Skinner, 1981) y nos hacemos expectativas.

En el continuo de nuestra actividad psíquica se encuentran una inmensa cantidad de información que se procesa a distintas intensidades, por lo que no se interfieren, no solamente la información exteroceptiva que provenga del exterior, lo mismo ocurre con la información ínteroceptiva que proviene de nuestra fisiología, del funcionamiento de nuestros órganos internos y finalmente a esto se añade la información que proviene de los músculos, huesos, articulaciones y tendones que participan en los movimientos que realizamos tanto voluntarios como automáticos. Esta información contenida en nuestra actividad psíquica se procesa en una sucesión que al carecer de interrupción se le denomina como el continuo de la actividad psíquica (Anojín, 1984).

Cada vez que ensayamos una respuesta voluntaria, se logra con la participación de estos tres tipos de información que disponemos y en este caso surge un discreto en la actividad psíquica, este, se inserta en el continuo antes referido, el discreto se inicia cuando algún proceso actual alcanza una intensidad mayor que los demás y generalmente se orienta para que un acto voluntario nuestro permita atender una emergencia, una necesidad o una actividad que requiera algún tipo de elaboración: como el miccionar, el comer o beber, el manipular un instrumento, la lectura, nuestra comunicación cotidiana, etc. Se denomina discreto porque este acto voluntario y consciente, tiene un inicio y un término. La intensidad con que se generan estos discretos (Anojín, 1984), varían según sea la información propioceptiva, ínteroceptiva y exteroceptiva con la que se la

acompañe, de esto dependerá la eficacia del acto voluntario, la destreza o torpeza con la que seleccionamos y usamos los instrumentos necesarios, los éxitos o las frustraciones en las experiencias anteriores, etc., son los que determinarán la vigencia de un discreto. Aquí las diferencias individuales serán más notorias, expresadas en la disposición con la que iniciamos y mantenemos la actividad voluntaria, o desistimos de ella, etc.

La naturaleza multiparamétrica de nuestra actividad psíquica (Anojín, 1984) nos permite comprender con más propiedad el comienzo de todos los comienzos, de todo acto voluntario, y de su ordenamiento jerárquico, es decir de nuestra actividad orientadora investigativa (Galperín, 1976) ahora podemos entender mejor las diferencias individuales en tales procesos. Galperín propone que el ordenamiento de las representaciones que conservamos, se encuentra jerárquicamente organizada de un modo distinto en cada uno de nosotros, según sea el contexto en el que frecuentemos (Vigotsky, 1976), tal ordenamiento jerárquico hará factible nuestra disposición a un comienzo prematuro o tardío de nuestros actos voluntarios con respecto a los acontecimientos con los que nos relacionamos cotidianamente.

Si a lo anterior le añadimos los aportes de Vigotsky (1976) con sus nociones de las zonas de desarrollo, en lo que Ramón y Cajal resume como el modo de esculpir de nuestro cerebro, podremos tener una idea mejor lograda de la singularidad del comportamiento humano y conociendo el ordenamiento jerárquico de sus representaciones en su actividad orientadora investigativa, podremos hacer predicciones aproximadas a cerca de las respuestas ante determinados acontecimientos a futuro.

Estas nociones, nos permitirán explicar también la paradoja de Chomsky: ¿Por qué a veces aprendemos con pocas evidencias y por qué en otras no aprendemos con tantísimas evidencias? En el primer caso, nuestro aprendizaje precoz se debe que el orden jerárquico de nuestras representaciones nos facilita la interpretación oportuna de los acontecimientos y advertimos rápidamente la pertinencia de los aprendizajes, lo que facilita su adquisición, por eso aprendemos con tan pocas evidencias. En el segundo, este mismo orden jerárquico nos impide elaborar alguna interpretación orientada hacia el acontecimiento que experimentamos y cuando esto ocurre, generalmente optamos por derogarlos, como ocurre en los conflictos cognitivos, sobre todo aquellos donde intervienen componentes ideológicos, esto explica por qué no aprendemos con tantas evidencias.

No todo conflicto cognitivo se resuelve satisfactoriamente (Makabe, 1987), en la mayor parte de los casos, las personas prefieren preservar el ordenamiento jerárquicamente ordenado de sus representaciones subjetivas, antes de modificarlas o actualizarlas, estamos dispuestos a hacer asimilaciones pero no tenemos la misma disposición para modificar nuestros esquemas mentales mediante sucesivas acomodaciones en la misma medida. En realidad, las acomodaciones si es que se producen, ocurren más lentamente.

Esto mismo explica también la subsistencia de los dogmatismos asociados a ideologías “rupestres” y otras de “bronce”, los apelativos se asocian no solo a su longevidad, como a la trivialidad de los elementos que la componen. Reducir el impacto de tales ideologías (Mosterín, 2006) es una de las tareas que se impone cuando tratemos de examinar la pertinencia de las teorías que se proponen explicar la singularidad del comportamiento humano

Entre los dogmatismos, no podemos dejar de mencionar a aquellos que provienen de los predios “científicos”, reflexiones con las que se inició la serie de interrogantes que anteceden la presente exposición. La reflexión epistémica de la ciencia no solo sirve para examinar la pertinencia de las teorías, sirve también para efectuar sucesivamente acomodaciones que nos permitan una mayor aproximación a la naturaleza del comportamiento humano (Popper, 1977).

La interrogante de Heidegger ¿Cuándo comienza el comienzo? Podemos plantearla en la psicología: ¿Cuándo comienza el acto voluntario o la actividad consciente o más propiamente un discreto en la actividad psíquica? La respuesta más apropiada es: en el continuo de nuestra actividad psíquica, donde conservamos una inmensa cantidad de representaciones anteriores que privilegian y elaboran un significado y otorgan por lo tanto importancia a los acontecimientos que experimentamos. No se inicia necesariamente en un estímulo externo al sistema nervioso, pues existen y se suceden una infinidad de tales estímulos sin que nos percatemos de ellos y que los mantendremos ignorados mientras no consigamos elaborar una representación de ellos que les atribuya algún significado e importancia, es en estas condiciones que nos percataremos que estamos conscientes del hecho, como consecuencia de haberse generado un discreto en nuestra actividad psíquica, que al poder verbalizarlos da lugar a la actividad supuestamente consciente y a nuestros actos voluntarios.

Desde luego que las representaciones anteriores son el resultado de nuestra interacción con el medio, solo que como muchas de ellas se produjeron a una intensidad inferior para estar conscientes, las ignoramos; hasta que al repetirse las experiencias, gradualmente adquieren la intensidad necesaria para percatarnos de ellas, como ocurre con nuestras dependencias o nuestras aversiones, las que se organizan imperceptiblemente y de pronto nos damos cuenta de su “emergencia”.

Queda otra interrogante ¿Es posible construir una teoría unificada de la psicología que nos permita explicar la singularidad del comportamiento humano? Una respuesta inmediata pueda que sea negativa, sin embargo para Kantor (1978) esta propuesta ya es del todo pertinente, lo mismo señala Leontiev (1978). Ambos no solo proponen teorías unificadas, cuyos supuestos se aproximan y se complementan (Martel, 2006), sino que consideran a las demás como proto-teorías que pertenecen a una etapa precientífica de la psicología. Finalmente, una última interrogante ¿por qué las teorías pre científicas tienen mayor aceptación entre los miembros de la comunidad científica?

Gracias a Edgar Morín (1999), sabemos que navegamos entre un disperso archipiélago de conocimientos en un proceloso mar de ignorancia e incertidumbres, y que tal empresa requiere de elegir magníficos cartógrafos del conocimiento que nos permitan orientarnos en este propósito, afortunadamente contamos con algunos disponibles, Anojin, 1984; Bunge, 1988; Galperin, 1976; Heidegger, 2007; Kantor, 1978, 1990; Leontiev, 1978; Makabe, 1987; Maturana, 1993; Morín, 1999; Mosterín, 1999, 2006, Ortiz, 1994; Popper, 1985, 1977, 1997; Skinner, 1981; son algunos de los que mostraron mayor interés en tratar de explicar la singularidad del comportamiento humano y nos legaron no solo una generosa bibliografía; nos mostraron también las herramientas intelectuales para continuar el esfuerzo por construir una teoría unificada de la psicología. Es muy probable que esta tarea no pueda ser asumida corporativamente, en alguna institución, sin embargo, esto no impide que individualmente podamos hacerlo en las diversas asignaturas que tenemos a nuestro cargo en nuestra tarea docente cotidiana.

Referencias bibliográficas:

- Anojín, P. (1984) *Psicología y filosofía de la Ciencia*. México: Trillas.
- Ausubel, D; Novak, J. y Hanesian, H. (1983) *Psicología Educativa*. México: Trillas.
- Bunge, M. (1988) *El problema mente cerebro*. Madrid: Tecnos.
- Galperín, Y. (1976) *Introducción a la Psicología*. Bs. As: Pablo del Río.
- Heidegger, M. (2007) *Sobre el comienzo*. Bs. As: Biblos.
- Kantor, J. (1978) *Psicología interconductual*. México: Trillas.
- Kantor, J. (1990) *La evolución científica de la psicología*. México: Trillas.
- Leontiev, A. (1978) *Actividad, conciencia y personalidad*. Bs As: Ciencias del hombre.
- Makabe, P. (1987) *El cambio epistemológico*. Lima: San Marcos.
- Martel, H. (2006) *¿De qué se ocupa la psicología?* Lima: San Marcos.
- Morín, E. (1999) *Los siete saberes necesarios a la educación del futuro*. Lima: Derrama Magisterial.
- Mosterín, J. (1999) *Epistemología y racionalidad*. Lima: UPIGV.
- Mosterín, J. (2006) *Crisis de los paradigmas en el siglo XXI*. Lima: UPIGV.
- Pinilloa, J. (1983) *La psicología y el hombre de hoy*. México: Trillas.
- Popper, K. (1977) *Búsqueda sin término*. Madrid: Tecnos.
- Popper, K. (1985) *El yo y el cerebro*. Barcelona: Labor universitaria.
- Popper, K. (1997) *El cuerpo y la mente*. Bs. As: Paidós.
- Skinner, B. F. (1981) *Conducta verbal*. México: Trillas.
- Velilla, M. (2002) *Manual de iniciación al pensamiento complejo*. Bogotá: Ediciones UNESCO.
- Vigotsky, L. (1976) *Desarrollo de los procesos psíquicos superiores*. Bs. As: Pléyade.